

# Libros

## LARRA, NUESTRO CONTEM- PORANEO

**B**AJO la forma de un **Diccionario privado** (1), útil por su brevedad y concentración, Nelson Martínez Díaz, colaborador bien conocido por los lectores de **Tiempo de Historia**, nos presenta una antología de textos de una de las plumas más críticas del siglo pasado, figura excepcional de nuestra historia literaria, Larra es también nuestro contemporáneo, como puede comprobar cualquier lector que se asome a las páginas de esta selección.

Buena prueba de la actualidad de sus críticas son algunas definiciones sobre temas que no resultan desconocidos o ajenos en la sociedad en que vivimos. Cuando Larra se refiere a la burocracia como un lastre nacional difícil de asumir, nos parece que a un siglo de distancia se podían escribir las mismas cosas: «Nadie lee los memoriales, sino el que los escribe, que es el único a quien importan; la prueba de esto es que cuando el empleo se ha de dar, ya está dado antes de leer el memorial; y cuando hay que hacer el memorial, es señal de que no hay que contar con el empleo». En unos tiempos donde la libertad de expresión parece una meta inalcanzable, resulta reconfortante leer las afirmaciones de Larra respecto a la censura, cuya amenaza —bajo otros nombres— pende todavía sobre nuestras cabezas como la espada de Damocles: «Quiero hacer un artículo: no quiero que me lo prohiban, aunque no sea más que por no hacer dos

en vez de uno. 'Y, ¿qué hace usted?' me dirán esos perturbadores que tienen siempre la anarquía entre los dedos para soltársela encima al primer ministro que trasluzcan. ¡Qué he de hacer, hombres exigentes! Nada. Lo que debe hacer un escritor independiente en tiempo como éste es independencia. Empiezo por poner al frente de mi artículo para que me sirva de eterno recuerdo: **Lo que no se puede decir, no se debe decir**». Sus comentarios sobre las diferencias de clases, las dificultades para llegar a la igualdad entre los hombres, y su gran penetración crítica sobre la manera de juzgar a ricos y pobres según su condición social siguen teniendo plena vigencia: «¿Tienes hambre? ¿Robas a uno solo una sola peseta exponiendo tu vida? Morirás ahorcado, infamado. ¿No lo necesitas, robas, sin embargo, millones a una nación entera, sin exponerte a riesgo alguno? Vivirás bien y respetado».

En otros muchos temas, la sensibilidad de Larra está próxima a la nuestra. Por ejemplo, en su defensa de la cultura como requisito para la conquista de la libertad: «Persuadidos como estamos de que la inteligencia es la que ha de

hacer en el mundo las revoluciones, la instalación de una cátedra es, a nuestros ojos, un hecho más importante que un triunfo militar; así como es mucho más lisonjero y ventajoso para la humanidad convencer a un hombre que materlo». En su ironía cuando recoge las críticas de sus contemporáneos al sistema democrático: «Los que en contra de gobiernos democráticos alzan la voz en el día dan por prueba de su mala condición el no ser duraderos. Está probado que no es bueno más que lo que dura; dos consecuencias sacaré de aquí: primera, que como nada dura, no hay cosa buena en el mundo; segunda, que habiendo durado más la Inquisición que los gobiernos populares, es mejor la Inquisición». O en sus ataques a los prejuicios y a la pacatería: «Mi hermana regresó del extranjero trayéndonos, entre otras, noticias ciertas de cómo no había Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta». En su manera de expresar en un lenguaje irónico y claro el entorno de algunas palabras: «Palabras hay que valen más que un discurso y que dan que discurrir: cuando uno oye, por ejemplo, la palabra **conspiración**, cree estar viendo un drama entero, aunque no sea nada en realidad. Cuando uno oye la palabra **libertad**, sola ella, solita, cree uno estar oyendo una larga comedia». En sus definiciones sobre las dificultades cotidianas para vivir en una ciudad monstruosa como Madrid: «Madrid sólo puede compararse con nuestra libertad, dentro de la cual no puede uno moverse sin tropezar con una traba». O, por fin, en sus juicios agudos y certeros sobre la política de su tiempo, y las penalidades de cualquier liberal que pretendiera luchar contra el poder establecido: «Cada liberal es una pura y viva representación de los trabajos y pasión de Cristo, porque el que no anda azotado, anda crucificado».

Como demuestran estas citas, la recopilación realizada por Nelson Martínez Díaz tiene un doble acier-



(1) **Diccionario privado de Mariano José de Larra**, recopilado y ordenado por Nelson Martínez Díaz. Altalena Editores, Madrid 1980.

to: presentar al lector a uno de los escritores que mejor han sabido plasmar la sociedad de su tiempo; y hacerlo a través de una espléndida selección de textos del propio Larra, cuya lectura puede ayudar a comprender los momentos presentes. La suya es una guía para el conocimiento de la personalidad y de los escritos de un hombre tan actual como cualquiera de los escritores más clarividentes de nuestros días. ■ **MARIA RUIPEREZ**

## «HISTORIA DE LA FOTOGRAFIA EN EL SIGLO XX» (1)

**P**ARA la sociedad actual, la fotografía es un elemento de su cultura, como lo es el cine o la televisión. Hasta principios de siglo vive dependiente de la pintura, pero poco a poco asume la dimensión en la que cada vez se afianza más: encarna un arte propio a través de técnicas específicas. El presente texto, estudia las distintas corrientes pictóricas que dejan su huella en este arte, y las técnicas fotográficas, como el fotomontaje u otros experimentos de laboratorio.

El descubrimiento de la fotografía se debe más al deseo de reproducir fielmente la realidad que el de lograr una expresión artística. Sin embargo, los esfuerzos de los primeros fotógrafos por imitar la pintura subsisten aún hoy. En la mejora e independencia de la fotografía no sólo influye la capacidad creativa de los individuos sino el perfeccionamiento de la óptica. Es necesario tener en cuenta, además, que en sus comienzos el material es de escasa sensibilidad.

(1) Tausk, Petr: «Historia de la fotografía en el siglo XX». De la fotografía artística al periodismo gráfico; edit. Gustavo Gili, S. A.; Barcelona, 1978.

La fotografía cumple a la perfección con la función de recordar. Así, «... el alivio de la memoria a buen seguro también tiene su lado bueno, más aún cuando la velocidad de la vida de los nuevos tiempos sustituye la intensidad y duración de las vivencias por la cantidad y la rápida sucesión». Este valor de instantánea es el que persiguen los impresionistas, aunque la relación pintura - fotografía se manifiesta también en la temática y en la difusión de la luz. El modernismo y el simbolismo influyen en la distribución de composiciones alegóricas y costumbristas.

Pronto se descubre el valor fotográfico de la realidad en sí, y muchos fotógrafos pretenden para sus placas un carácter informativo. Aparece la denuncia como crítica social, precursora de la fotografía «live». El mayor logro es la fidelidad documental.

Hasta principios de siglo, se cree que el saber es omnicompreensivo; pero la teoría de la relatividad, junto a otras nuevas concepciones, viene a demostrar que el conocimiento es un proceso en permanente evolución. Esta circunstancia se deja notar en el arte, donde la necesidad de innovar es casi obsesiva. El tiempo, por ejemplo, tomado como relativo y dependiente, es preocupación de los futuristas. También la fotografía se interesa por este aspecto y registra distintas fases del movimiento. Otra corriente que se suma a la historia de la fotografía es el cubismo, que pretende ofrecer distintas perspectivas de un mismo objeto. Picasso deslumbró a algunos fotógrafos que lo siguen artísticamente. El dadaísmo también presta su aporte, pero más en el aspecto social, sobre todo en lo referente a la intolerable crueldad de la guerra. «De forma análoga a los experimentos literarios, los dadaístas crearon collages a partir de los elementos que no guardaban ninguna relación lógica aparente entre ellos, sino que aparecían unidos por impulso del azar» (pág. 39).

Los primeros materiales fotográficos en color, se comercializan a principio de siglo y son las «placas autocromas», fabricadas a partir de 1907 en Lyon. Estas placas no se difunden, por su elevado

precio y por su escasa sensibilidad. Luego aparecen los materiales reticulados cromáticos, como los Agfa, y más tarde se impone la película.

El auge de la fotografía artística es notable entre las dos guerras mundiales. Revistas de gran divulgación emplean sistemáticamente el material fotográfico. Además, el desarrollo de la técnica permite la instantánea como elemento esencial en los reportajes. Aparecen nuevas cámaras con objetivos de gran luminosidad, de peso reducido y de buena capacidad de reserva de película. En 1923, la Leica se fabrica a mano, pero en 1925 se inicia la producción en serie del modelo Leica A con objetivo fijo. Carácter decisivo tiene la aparición de la cámara reflex ya que combina precisión de enfoque y rapidez. En 1929 la sensibilidad del material llega a los 11-13 DIN y el rollo desplaza totalmente a las placas.

Un nuevo realismo sustituye a la llamada «fotografía artística». Gran influencia ejerce la publicidad y el uso que ésta hace de la imagen e incluso la confección de catálogos de las grandes empresas. De manera independiente, los fotógrafos soviéticos descubren la utilidad del nuevo realismo en la reproducción de fábricas, presas, centrales eléctricas. La experiencia cinematográfica de su país, les resulta de gran ayuda. Así como el realismo es muy fértil para la fotografía, también resulta favorable el surrealismo. Puede decirse que «en

